

HUME

Saber ser escéptico

GERARDO LÓPEZ SASTRE

*Acepto la rectitud de la exclamación
del poeta sobre los interminables proyectos de
la raza humana: «¡el hombre y para siempre!».*
David Hume

Hume. Saber ser escéptico

© Gerardo López Sastre, 2024.

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2024.

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño: Kira Riera

Maquetación: reverté-aguilar

© Fotografías: todas las imágenes son de dominio público a excepción de: p. 41
(CC BY-SA 4.0).

Depósito legal: B23704-2024

ISBN: 978-84-1361-351-2

Impreso por EGEDSA (España)



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

A modo de introducción: ¿Por qué se debe seguir leyendo a Hume?	5
Hume, su vida y su contexto social e intelectual	9
La teoría del conocimiento	33
Los contenidos mentales	36
El análisis de la causalidad y la libertad	50
La crítica a la religión	63
Crítica a la credibilidad de los milagros	63
Crítica a los argumentos tradicionales a favor de la existencia de Dios	70
Las pruebas de la mortalidad del alma	79
El origen de las religiones	82
La búsqueda de los principios de la moral	95
Un catálogo de virtudes	97
La preocupación por los demás	103

La explicación de la variedad de los juicios morales	111
La respuesta de Hume al bribón inteligente	133
La visión del mundo político	143
¿Qué es una sociedad?	143
Liberalismo y cosmopolitismo	163
Bibliografía	183
Cronología	190

A modo de introducción: ¿Por qué se debe seguir leyendo a Hume?

David Hume llevó a sus conclusiones lógicas el empirismo de John Locke y George Berkeley. Culminó esta tradición filosófica y, con ello, hizo imposible la metafísica: el postular y defender teorías que fueran más allá de la experiencia. Pero Hume es más que el estadio último de la tradición empirista y es más que el pensador que despertó a Kant de su sueño dogmático o el precedente del positivismo lógico del siglo xx...

Nuestro reto debe ser estudiarlo en sí mismo, intentar comprender cómo veía su proyecto filosófico. Y, en este sentido, no puede hacerse mayor injusticia al pensamiento de Hume que «trocearlo», que negarse a verlo como un proyecto integral y excepcionalmente coherente. Por desgracia, este ha sido muchas veces el caso, volviéndolo así irreconocible. Si algo hay de original en este libro es el intento de ver cómo los diferentes temas se van sucediendo unos a otros, cómo cada uno ocupa lo que podemos llamar «su lugar», constituyendo así una verdadera teoría de la naturaleza humana y de todas las dimensiones

en las que esta se despliega. A este respecto, Hume pensaba que la naturaleza les dice a los hombres que se entreguen a su pasión por la ciencia, pero también les pide que su ciencia «tenga una referencia directa a la acción y a la sociedad», algo que expresó en su famosa afirmación «sé filósofo, pero en medio de toda tu filosofía continúa siendo un hombre».

En cumplimiento de este designio y como «anatomista» de la naturaleza humana, Hume estudió el funcionamiento del entendimiento y su alcance, las cosas que está preparado para conocer (y las que no); asimismo, estudió nuestras pasiones y nuestra moral, y por todo ello se sintió bien preparado para buscar a continuación los fundamentos de la sociedad y propugnar un modelo realista de convivencia humana que haga posible el progreso. Y es que en este punto hay que ser muy claro: atenerse a la experiencia no significa ser conformista, aceptar sin más lo existente (por ejemplo, «el orden dado»). La razón puede organizar la realidad, pero debe hacerlo poniendo sus cálculos al servicio de la satisfacción de nuestros deseos y aspiraciones. Este es el significado de una de sus tesis más conocidas, la que afirma que «la razón es, y solo debe ser, esclava de las pasiones».

¿Cómo se despliega este itinerario? Empieza con la teoría del conocimiento; entre otras cosas, señalando que la razón por sí misma solo nos lleva a las verdades de la matemática, pero que si queremos saber si la caída de un guijarro en la Tierra puede apagar el Sol o si un hombre puede controlar a voluntad la trayectoria orbital de los

planetas (cosas que *a priori* podemos concebir perfectamente), debemos acudir a la experiencia. Esta nos enseña que estos hechos no ocurren, pero no nos indica que no puedan ocurrir. Es decir, todo lo que nos transmiten los sentidos aparece como algo contingente, así que tendremos que aprender a vivir con esta contingencia, con creencias basadas en expectativas razonables. Es más, esto tiene la ventaja de evitar el dogmatismo, de hacer que estemos siempre preparados para aceptar las novedades que la experiencia nos pueda aportar.

¿Y qué ocurre con aquello de lo que no nos habla la experiencia? La conclusión es tajante: será mera «jerga», jerga metafísica que por sí sola ya sería ridícula, pero que cuando se mezcla con la superstición se vuelve peligrosa. Por eso las críticas a las nociones metafísicas de «sustancia», «yo» o «necesidad» acaban concretándose en una visión naturalista del hombre y en una crítica a los supuestos fundamentos racionales de la religión. La existencia de una divinidad no puede probarse, y toda la experiencia de que disponemos nos indica que somos seres finitos, cuya vida acaba por completo con la muerte física.

En suma, Hume, antes que Nietzsche, experimentó la muerte de Dios. El hombre se quedó solo. De hecho, siempre lo había estado, pero entonces se reconoció de forma cabal. ¿Es esto un motivo de desesperación? No, es un motivo para modificar nuestro código moral. Debemos reconocer valores como la utilidad y lo inmediatamente agradable, porque solo en esta reconciliación con nuestra naturaleza podemos encontrar la felicidad. Y como

nuestra felicidad depende en una medida muy importante de los demás, el orden social es un tema que hay que investigar. Vivir en una sociedad justa, en la que sintamos que nuestros intereses están protegidos, se convierte en algo esencial. En un momento de pesimismo, Hume escribió: «Para un filósofo e historiador, la locura, la imbecilidad y la maldad de la humanidad deberían aparecer como sucesos normales». Pero esto es solo parte de la verdad. También existe el progreso histórico en cuanto a la riqueza y la sociabilidad. Habrá que estudiar qué es lo que lo favorece.

Este es el viaje filosófico, con su punto de partida y su punto de llegada, que animamos a emprender al lector.

Hume, su vida y su contexto social e intelectual

David Hume nació en Edimburgo, Escocia, el 26 de abril (el 7 de mayo, de acuerdo con el actual calendario gregoriano) de 1711, y falleció en la misma ciudad, el 25 de agosto de 1776. Por suerte para nosotros, disponemos de una breve autobiografía, titulada *Mi vida*, que Hume escribió al sentir que su muerte estaba cerca. En ella Hume dice que va a ocuparse de la historia de sus obras, algo que justifica con la afirmación de que empleó casi toda su vida en empeños relacionados con la escritura. En este sentido, fue una existencia plena y feliz; pudo dedicarse casi en exclusiva a lo que verdaderamente deseaba, ya que desde muy joven, confiesa, se despertó en él una pasión por las letras que se convirtió en la fuente de sus mayores satisfacciones. Estamos, pues, ante la biografía de lo que hoy llamaríamos un intelectual, un hombre de letras. Quien busque aventuras más excitantes habrá de mirar en otra dirección y ocuparse de otros personajes.

Sin embargo, antes de exponer su vida, conviene detenerse a pensar en lo que podía significar nacer y vivir en la

Escocia del siglo XVIII. En ese siglo, la sociedad escocesa iba a experimentar transformaciones importantísimas y como resultado de ellas iba a disfrutar de su gran edad de oro, hasta el punto de que Edimburgo se transformaría en lo que se denominó la Atenas del Norte. En 1707 tuvo lugar la unión de Escocia e Inglaterra, que para la primera supuso la oportunidad de participar de los beneficios derivados de los mercados y las colonias inglesas y de dejar atrás así la perenne pobreza que hasta aquel momento la había caracterizado. De hecho, al cabo de cincuenta años nos encontraremos con una sociedad completamente nueva, menos temerosa de Dios según las ideas conservadoras de los mayores, pero con una economía dinámica, floreciente y volcada hacia el progreso material.

Estos cambios correrán paralelos a un esplendor cultural sin precedentes en su historia. Es lo que se conoce como «Ilustración escocesa», conformada por un grupo de pensadores interesados en la teoría del conocimiento, la economía, la historia, la moral, etcétera. No está de más recordar que Adam Smith era contemporáneo y amigo íntimo de Hume. Ambos serán testigos de excepción de este proceso de modernización y, de alguna manera, actores de este, pues buscaron impulsarlo con todas sus fuerzas. En suma, para ellos la Ilustración era un proceso del que se sentían partícipes.

Estudiar en qué consistía para Hume este proyecto ilustrado, su carácter peculiar, va a ser el objetivo de este libro, y pensamos que ahí reside su interés. Al fin y al cabo, resulta imposible negar que somos herederos de la

Ilustración. Otra cosa es cómo valoremos esta influencia, si como una pesada carga, fuente de innumerables males y de un proceso de decadencia moral y religiosa que todavía no ha concluido (y, si esta es nuestra postura, Hume nos interesará muy poco; es más, lo veremos como uno de los responsables intelectuales de esa marcha equivocada de la historia), o como una herencia provechosa que nos permite centrarnos en la única vida que podemos estar seguros de poseer, esta que transcurre en la Tierra, intentando por consiguiente ser felices en ella.

Hume propuso este ideal de una forma coherente y sistemática. Su pensamiento se desplegó en multitud de facetas y aspectos, pero todos apuntaban en una misma dirección: pensaba que podía ayudarnos a cambiar nuestra existencia, orientándonos en cuanto a dónde deberíamos establecer nuestras prioridades a escala personal y social. Perseguía la construcción de un estilo de vida basado en el despliegue de nuestras tendencias naturales y proponía un modelo de sociedad en el que fuera fácil que estas pudieran florecer.

En la medida en que nuestras sociedades occidentales encarnan muchos de los valores que defendió, Hume sigue siendo nuestro contemporáneo, y a otro nivel es una alternativa con la que confrontar otros modelos sociales. Según vayamos profundizando en su pensamiento, iremos viendo que su análisis de la sociedad constituye una gran exposición de la filosofía política que, en un sentido muy amplio, llegó a conocerse más tarde con el nombre de «liberalismo». Cuando termine la lectura de este libro,



Retrato de David Hume, realizado por Allan Ramsay en 1754. El filósofo escocés fue, junto a su amigo Adam Smith, uno de los principales exponentes del movimiento cultural del siglo XVIII conocido como «la Ilustración escocesa».

el lector puede hacer el provechoso experimento mental de confrontar todo lo que se ha expuesto en él con la realidad de cualquier sociedad en la que predomine con fuerza, y con todas sus implicaciones sociales, una religión monoteísta. Se trata de un buen ejemplo de que la Ilustración tiene todavía mucho que conseguir.

En cuanto a la vida de Hume, las preocupaciones que en un sentido amplio podríamos llamar filosóficas le asaltaron a una edad muy temprana, y seguramente tenían una raíz religiosa. Según le confesó a un conocido, de joven había sido creyente. De hecho, tomándose sus creencias con una gran seriedad, habría emprendido la tarea de comparar su carácter y su conducta con

el modelo propugnado en *El deber completo del hombre*, un manual de devoción popular publicado de forma anónima en 1658. Al final de esta obra se ofrecía un catálogo de vicios, y entre los allí enumerados se encontraban no creer que hay un Dios o en su Palabra; pensar que la religión consiste meramente en atender a los sermones, sin practicar su doctrina; envanecerse y tener una elevada opinión de uno mismo en relación con nuestros talentos naturales, honores, riquezas o ingenio; perder el tiempo en compañías ociosas, etcétera. Pues bien, el joven Hume habría resumido este catálogo y habría procedido a examinarse de acuerdo con él. Este procedimiento, comentó, «era una actividad singular; por ejemplo, ver si, no obstante aventajar a sus compañeros de escuela, no tenía orgullo o vanidad».

No sabemos cuándo comenzó exactamente Hume a pensar que su tentativa era, como él mismo manifiesta, «absurda», pero lo cierto es que en un determinado momento la influencia de las representaciones de la virtud y la filosofía que se encontraban en las obras de Cicerón, Séneca y Plutarco le condujo a emprender la tarea de mejorar su carácter, buscando fortalecerse «contra la muerte, la pobreza, la vergüenza, el dolor y todas las otras calamidades de la vida». Tenemos, pues, que si bien en un primer momento Hume intentó ser un cristiano devoto y estricto (seguramente de acuerdo con las doctrinas calvinistas de la época), después trató de convertirse en algo parecido a un estoico romano. La verdad es que los resultados de la unión de este último empeño con una

vida fervientemente dedicada al estudio no pudieron ser peores. En los últimos meses de 1729, la «enfermedad de los sabios», la melancolía o *spleen*, se apoderó de él. Situación que en una carta comparó con la de los místicos franceses y los entusiastas religiosos ingleses, pues:

Cuando ofrecen una narración de la situación de sus almas, mencionan una frialdad y abandono del espíritu que frecuentemente retorna, y algunos de ellos, al principio, se han visto atormentados con estos síntomas durante muchos años. Como esta clase de devoción depende totalmente de la fuerza de la pasión y, consecuentemente, de los espíritus animales, he pensado a menudo que su caso y el mío eran bastante paralelos, y que sus contemplaciones entusiastas podían descomponer las estructuras de los nervios y del cerebro, igual que las reflexiones profundas y ese entusiasmo y calor que es inseparable de ellas.¹

A fin de librarse de su dolencia, a Hume no le quedó otro remedio que dejar de lado por algún tiempo sus estudios y dedicarse a un tipo de vida más activa. Así, en 1734, fue a Bristol para trabajar en las oficinas de un importante comerciante. Después de unos meses consideró que estaba en condiciones de reanudar sus estudios, y para ello se desplazó a Francia. Sus años de residencia

¹ *The Letters of David Hume*. Edited by J. Y. T. Greig, 2 volumes, Oxford University Press, Oxford, 1932, vol. I, p. 17. Hay que resaltar el hecho de que Hume ofrezca una explicación científica, naturalista, del estado mental peculiar de los místicos.

en este país los empleó en la elaboración de la que, sin duda alguna, es su obra más importante, el *Tratado de la naturaleza humana*.

Puesto que una cosa es escribir una obra y otra muy diferente publicarla, procedió a lo que en la carta a un amigo denominó «castrar» su obra; es decir, suprimir sus partes nobles, intentando así que ofendiera lo menos posible.² Seguramente, esta labor de expurgo consistió en liberar a su escrito de una crítica a la credibilidad de los milagros cristianos y de su argumentación de que todo lo que sabemos nos lleva a pensar que somos seres mortales, finitos, sin ningún cielo o infierno que esté esperándonos tras la muerte. En todo caso, ambos temas aparecerían más tarde en otras obras suyas, y aunque así desaparecieran las críticas explícitas a las doctrinas religiosas en la obra tal y como se publicó finalmente, el lector atento no dejaría de observar que en ella la religión brillaba por su ausencia. Era como si no existiera, como si no tuviera ningún papel que desempeñar en la vida humana. De hecho, en un determinado momento se destaca la universal despreocupación e incredulidad de los hombres con respecto a una vida futura tras la muerte. Una incredulidad que parece hacer extensiva al conjunto de las creencias religiosas, pues solo así se explica, dice Hume, que los hombres encuentren placer en ser aterroizados en cuestiones de religión y que, como sin duda él mismo habría tenido la ocasión de observar en la Escocia

² Véase *New Letters of David Hume*. Edited by Raymond Klibansky and Ernest. C. Mossner, Oxford University Press, Oxford, 1954, p. 3.

de su niñez, los predicadores más populares sean los que excitan las pasiones más lúgubres y melancólicas. Como concluye Hume:

En los asuntos normales de la vida, donde sentimos y estamos penetrados por la solidez del tema, nada puede ser más desagradable que el miedo y el terror; y es solo en las obras de teatro y en los discursos religiosos que estos causan placer. En estos últimos casos, la imaginación reposa indolentemente en la idea; y la pasión, suavizada por la falta de creencia en el tema, no siente más que el efecto agradable de avivar la mente y fijar la atención.³

En resumidas cuentas, ir a la iglesia es como ir al teatro; uno va allí a entretenerse, pero sin creer en lo que en ese lugar se representa.

Si aparte de esta pulla la obra no habla de religión, ¿de qué se ocupa entonces el *Tratado*? La obra consta de tres libros. Los dos primeros («Del entendimiento» y «De las pasiones») fueron publicados en 1739; el tercero («De la moral»), en 1740. El tema es por tanto la ciencia del hombre en todas sus dimensiones, determinar cómo conocemos, hasta dónde alcanzan nuestras facultades,

³ David Hume: *A Treatise of Human Nature*. Edited with an Analytical Index by L. A. Selby-Bigge. 2nd edition with text revised and variant readings by P. H. Nidditch. Clarendon Press, Oxford, 1985, Libro I, Parte III, Sección IX, p. 115. De ahora en adelante citaremos esta edición en el texto principal como *Treatise*, seguido de los números romanos que indicarán el libro, la parte, y la sección, y de uno o varios números arábigos que corresponderán a la página o las páginas de la cita.

qué pasiones nos mueven a actuar, cómo es nuestro comportamiento y qué tipo de organización social y política es la más adecuada para esa naturaleza humana.

Pocas veces un autor se ha sentido más orgulloso de su obra y ha sido más consciente de su importancia, y pocas veces el fracaso ha sido tan grande. El mismo Hume escribió en su autobiografía: «Jamás intento literario alguno fue más desafortunado que mi *Tratado de la naturaleza humana*. Salió muerto de la imprenta, sin alcanzar siquiera una distinción tal que provocara un murmullo entre los fanáticos». ⁴ Y eso que Hume se aseguró de la publicación de un *Resumen* de la obra, una especie de larga reseña escrita por él mismo, en la que se refería al autor del *Tratado* en tercera persona y en la que intentaba aclarar sus puntos más originales.

En cualquier caso, parece que esta falta de éxito se debía fundamentalmente a dos motivos: a sus deficiencias estilísticas —y ello en una época dominada por el ideal de la elegancia literaria— y a que sus argumentos tendían a ser demasiado largos y complejos. Resultaba evidente, entonces, que si Hume quería dar a conocer sus teorías filosóficas tenía que buscar un nuevo vehículo para expresar sus pensamientos. La solución a este problema se materializó en su decisión de escribir ensayos.

⁴ *My Own Life*, autobiografía recogida en *David Hume: Essays Moral, Political, and Literary*. Edited with a Foreword, Notes and Glossary by Eugene F. Miller. LibertyClassics, Indianapolis, 1987, XXXIV. A partir de ahora citaremos esta obra en el texto principal como *My Own Life*, seguido de los números romanos de esta edición.

Así pues, en 1741 Hume publicó de forma anónima (al igual que el *Tratado de la naturaleza humana*) un volumen de *Ensayos morales y políticos*, y un segundo volumen saldría a la luz en enero de 1742. La variedad de temas que Hume trata en estos ensayos es muy amplia. Su mirada filosófica se ocupa tanto de la libertad de prensa o de la superstición y del entusiasmo religioso como de la avaricia; tanto de la dignidad de la naturaleza humana y del estudio de la historia como del amor y el matrimonio, la poligamia y el divorcio.

Pero lo que nos interesa resaltar aquí es que, como cabía esperar, su estilo elegante y ameno obtuvo inmediatamente la aceptación del público. Hume pensó que su experimento había tenido éxito. Había encontrado la forma de impulsar el resto de su filosofía, que reconocía que era de una naturaleza más duradera, aunque también más difícil y trabajosa. En suma, es fácil que se sintiera confiado en el planteamiento de que tenía que exponer las ideas del *Tratado* de forma ensayística, y se volcó con entusiasmo en este proyecto.

Mientras tanto, iba a descubrir que esa obra no estaba tan muerta como pensaba, pues su aura de incredulidad religiosa le impidió obtener una cátedra de Ética en la Universidad de Edimburgo en 1745. Y, puesto que de alguna manera necesitaba ganarse la vida, se convirtió en el tutor de un joven marqués, que resultó ser víctima de demencia, con lo que poca ayuda o instrucción pudo proporcionarle Hume. Más tarde acompañó como secretario a un general en una incursión militar algo ridícula

cuyo primer objetivo era Canadá, pero que acabó en las costas francesas (los mapas para la pretendida invasión fueron comprados a última hora en una librería, pues, en la precipitación de los albores del proyecto, no disponían de ninguno; cuando los militares de la ciudad francesa a la que sitiaron fueron a rendirse, se encontraron con que los británicos, convencidos de que no tenían ninguna posibilidad de ocuparla, se habían marchado). Poco después participó en una misión diplomática que recorrió diversos países europeos.

Sin embargo, en medio de estas ocupaciones, mantuvo su proyecto de lograr exponer sus ideas filosóficas en un formato atractivo. Un primer fruto iba a aparecer en 1748, cuando se publicaron los *Ensayos filosóficos sobre el entendimiento humano* (obra que algo más tarde pasaría a titularse *Investigación sobre el entendimiento humano*), una nueva presentación de las ideas más importantes del Libro I del *Tratado*, y en la que, ya en su sección primera, expresaba de forma magistral el carácter antimetafísico de su pensamiento y el objetivo de este, la defensa de la ciencia y la crítica a la religión:

Aquí, en efecto, se halla la más justa y verosímil objeción a una considerable parte de la metafísica: que no es propiamente una ciencia, sino que surge, bien de los esfuerzos estériles de la vanidad humana, que quiere penetrar en temas que son totalmente inaccesibles para el entendimiento, bien de la astucia de las supersticiones populares que, siendo incapaces de